José Bergamín ante sí mismo

Juan Carlos Abril

La publicación por parte de la editorial Pre-Textos de la poesía completa de José Bergamín, en un tomo que reúne todos sus libros editados y que se completará en el futuro con otro que recopile sus numerosos inéditos, es una buena razón para no sólo reseñar ese volumen sino, también, para volver sobre la figura extraordinaria de este autor inexplicablemente oscurecido por el paso del tiempo. Juan Carlos Abril y Hortensia Campanella desgranan los principales rasgos de su vida y su obra.

Resulta a veces muy complicado establecer la primacía de una faceta sobre otra en escritores que son capaces de abordar varios géneros. Aunque al final acabamos eligiendo y decantándonos por un aspecto u otro, solemos ser injustos al tener que olvidar ese carácter polifacético y multidisciplinar que suele caracterizar a algunos autores o artistas, siendo la noción de «artista» aquí la que mejor encajaría, ya que sería más abarcadora e integradora. Es cierto que hay casos en que suele haber mucho desfase, por ejemplo si un autor escribió sólo un puñado de poemas y nunca se dedicó a la poesía sino de manera esporádica, mientras que cultivó la narrativa, el ensayo o el artículo con resultados sobresalientes. Pero seríamos injustos si relegáramos a un autor porque nos gusta más como prosista, desplazando, por ejemplo, su dramaturgia (y en Bergamín su faceta como autor teatral no es nada despreciable). Incluso podríamos decir aquí que esta especialización de los autores y las humanidades, que viene abocada por la posmodernidad, estaría relacionada con un empobrecimiento de perspectiva general de los lectores inversamente proporcional a la

del individuo escritor. Hay autores que no se pueden encasillar, o dicho de otro modo: las casillas que poseemos –y que nos vienen dadas– no son útiles.

Más complicado incluso sería si nos encontráramos ante alguien que ha publicado su primer libro de poemas con casi setenta años. Bergamín, sin embargo, es conocido como escritor, editor, ensayista, periodista, cronista, etc., como autor total, como un intelectual de su época respetado y ampliamente reconocido en cualquiera de sus dimensiones, dentro y fuera de las fronteras españolas: «El escritor madrileño es, en estos momentos [se refiere a 1937], uno de los intelectuales españoles más conocidos y con más prestigio en Europa».[1] Y desde muy joven también es conocido como poeta, aunque sin libro. Va dando a la imprenta poemas en distintas revistas, en homenajes –recordemos que publica una perfecta décima en el hoy mítico número homenaje de *Litoral* a Luis de Góngora–, y que es conocido por su sensibilidad poética, por su labor poética, por su continuo activismo en el mundo de la poesía, participando en las empresas literarias más importantes de su generación. Así que éste es José Bergamín, un ser poliédrico, polifacético y polivalente, un escritor con varios puntos de inflexión y cimas que en su conjunto van trazando el dibujo cierto de un autor total, difícilmente clasificable. Nos costaría demasiado esfuerzo quedarnos con uno solo de estos lados, facetas, valencias. ¿Y a ciencia cierta, se ha realizado el repertorio o el número total de libros de José Bergamín? ¿Cuántos escribió o editó? Sería harto difícil encasillar a un intelectual y escritor tan reconocido, quien con más de sesenta años y una trayectoria brillante a sus espaldas se dispone a publicar su primer poemario... ¿A qué se puede deber esto? Es evidente que escribir poesía –y publicarla– es algo mucho más serio –en el sentido de responsabilidad– de lo que se pueda pensar. Escribir poesía no tiene por qué estar relacionado con la juventud exclusivamente, ni se define por la juventud del poeta, aun-

[1] Gonzalo Penalva Candela, «Semblanza bergaminiana», en «José Bergamín, el esqueleto de la paradoja», número monográfico sobre José Bergamín de *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n. 46, Barcelona, abril-mayo, 2001, p. 18.

que en muchos casos haya sido así. Como género universal y sin edad, más que nunca, en José Bergamín la poesía expresa la conciencia del sujeto en su relación con el mundo, sus preocupaciones íntimas, su verdad interior.

Además, frente a este intelectual tan importante y decisivo en la historia de España y en la historia de la literatura española del siglo XX, podríamos plantearnos otra serie de preguntas que van más allá de cualquier consideración tópica. ¿Es justa la historia? ¿Acaban quedando los mejores en el canon? ¿Es éste –el canon– inamovible?[2] ¿Qué lugar ocupa José Bergamín en nuestro canon? ¿Por qué se le ha dejado escorado, siendo alguien tan importante? Sin duda que Bergamín fue una figura central en la España republicana, en la Guerra Civil, y en el exilio. Una figura decisiva, de las más importantes de la época. Así lo reconoce Rafael Alberti en un poema estremecedor de un libro suyo también mítico, *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia* (1939-1940):

¡Qué terror, qué terror allá lejos!
La sangre quita el sueño,
hasta a la mar la sangre quita el sueño.
Nada puede dormir.
Nadie puede dormir.
...Y el miércoles del Havre sale un barco,
y este triste *allá lejos* se quedará más lejos.

–Yo a Chile,
yo a la URSS,
yo a Colombia,
yo a México,
yo a México con J. Bergamín.

[2] Paralelo al cuestionamiento del canon sobre el 27 estarían las quejas de Bergamín respecto a su denominación, ya que siempre se negó a llamar «generación del 27» a lo que él denominaba con sobrada justificación como «generación de la República». Bergamín ha sido escamoteado de esta generación, su generación, y hace falta una nueva historiografía literaria que lo sitúe donde debe estar por derecho.

¿Es que llegamos al final del fin
o que algo nuevo comienza?[3]

José Bergamín era una referencia: uno de los intelectuales, agitadores culturales y escritores más importantes. No por algo presidió la Alianza de Intelectuales Antifascistas durante la Guerra Civil, y posteriormente el famoso II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Mucho después de aquellos agitados años, Bergamín, en el exilio, en los diferentes lugares donde estuvo, era ya un personaje histórico: sin duda que la dispersión que el exilio obligó a todos, artistas, escritores e intelectuales, fue pasando factura hasta tal punto de que se produjo no sólo una desmembración de éstos en diferentes países o zonas del mundo, con la consiguiente incomunicación que ello suponía, sino también una desconexión ulterior debido a la personal evolución de cada uno.

Pero hay algo que se nos escapa respecto a este personaje, su trayectoria y su historia, desde ser una referencia entre sus coetáneos hasta sus días finales en el País Vasco. Se diría que desconocemos algo esencial que nos impide situarlo. ¿Qué papel representa realmente José Bergamín, que rol que hoy hemos olvidado y debemos reivindicar? Parece ser que la historia le debe algo que todavía no le ha dado, aunque tampoco vamos a confiar demasiado en la historia, pues al ritmo que los acontecimientos se van sucediendo tardaremos mucho –quizá nunca– en restituirle lo que le pertenece.

De una forma u otra la reciente edición de sus poesías completas[4] viene a rellenar un hueco bibliográfico, una laguna que estaba siendo demasiado notoria en las estanterías de las librerías y los lectores. La Editorial Pre-Textos ha realizado un trabajo de pri-

---

[3] Ver Alberti, Rafael (1978): *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*, en *Poemas del destierro y de la espera*, Selección y prólogo de José Corredor-Matheos, Madrid, Espasa-Calpe, Selecciones Austral, 2ª ed., p. 34.

[4] Bergamín, José (2008): *Poesías completas I*, Edición a cargo de Nigel Dennis, Valencia-Madrid, Pre-Textos. La segunda parte de estas poesía completas, que se encuentra en preparación, vendrá a completar todo el material disperso publicado en revistas desde su juventud, que es de extraordinario valor, más el abultado número de páginas que integran la obra inédita.

mera categoría, de la mano de Nigel Dennis, una de las voces más acreditadas en el estudio de la obra de José Bergamín. En cuanto a la edición, los materiales empleados, la tipografía, etc., podríamos afirmar sin exagerar que es uno de los libros de poesía más bellos que se han editado en nuestro país en los últimos años. Excelente. Muy recomendable. Afortunadamente con esa joya de libro se le ha rendido un homenaje a la altura del Bergamín editor. Y recordemos su labor al frente de la Editorial Séneca, en México, en el exilio, y el prestigio que gozó. Ahí aparecieron las primeras ediciones de libros que hoy se consideran importantísimas –y carísimas, en el mercado de libro usado– como *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca, *La arboleda perdida*, de Rafael Alberti, o las primeras *Poesías completas* de Antonio Machado tras su muerte. Lorca, no lo olvidemos, tenía especial confianza en Bergamín, dándole varias obras para la editorial Cruz y Raya, publicando entre otros obras suya, el *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías* o *Bodas de sangre*. Pero la actitud de Lorca es sólo el ejemplo de lo que representaba y quién era Bergamín en la época, uno de los personajes intelectuales más importantes.

En cualquier caso, recojamos esta opinión que podría zanjar la cuestión del aislamiento final al que se vio sometido José Bergamín y el veto que se estableció en torno a él y su obra con la vuelta de la democracia en España a partir de finales de los años setenta y principios de los ochenta, el olvido incluso hasta hoy.

> Impresionaba su mirada aguda, inteligente, y su expresión lacónica y justa. Nada en él traslucía la imagen del sectario violento que llevaban años propagando las derechas. Exiliados republicanos me contaron después que en México Bergamín representó siempre la voz de la unidad y de la concordia, por encima de cualquier partidismo, que le horrorizaba dada la situación que se vivía. A mí me pareció un hombre muy sereno y con las ideas muy claras. Después, por influencias familiares, derivó hacia un final más bien ofuscado, conllevándose en el País Vasco, adonde se trasladó a vivir con su hija, con el separatismo terrorista, y escribiendo en sus publicaciones, porque él nada tenía que ver con Herri Batasuna, por muy antifascista que fuese. Su entierro fue un acto equívoco y confuso.
>
> Este país se portó mal con Bergamín. Hubiera merecido otras atenciones, otros concursos, pero no los tuvo. Aunque atacara al Rey y lo atacó, ¿qué democracia pacata es la que no sabe soportar con buena cara las disi-

dencias? Hizo al final de su vida un poco el papel del Sartre anciano vendiendo un periódico maoísta por las calles de París, donde nadie arremetió contra él. Pero a Sartre lo protegían la policía y su dinero, e incluso De Gaulle, para quien el escritor era también «La France»; a Bergamín no lo protegía nadie y nadie consideraba que fuera «también» España.[5]

Bergamín no soportó las componendas que los partidos pertrecharon en la Transición, denunciando siempre la llegada de la monarquía a España, el abandono de la lucha por la causa republicana y de todo lo que ello significaba para la restauración de una auténtica democracia en nuestro país. De ahí su honestidad consigo mismo, la de alguien que vivió momentos extremos en la vida política y cultural de España y Europa, y que no iba a doblegarse por un pacto de Estado con las derechas, los liberales o la socialdemocracia. Así lo hizo hasta el final de sus días, con una lucidez que no deja de producir vértigo. Recordemos este soneto suyo divertido que es más que una declaración de intenciones:

A la manera de Miguel de Cervantes

¡Válgame, el Opus Dei! que es una gran cosa
sacarse de la manga, en un instante,
un Rey, del que dijérase un mangante
por esa procedencia sospechosa.

¿Sospechosa, decías? No. Portentosa
institución real sin restaurante.
Por la gracia de Dios legitimante
al toque de su mano milagrosa.

Dios y el Rey, tan glorioso movimiento
paralizan en su estancamiento
que es realísima gana de sí mismo.

¡Sublime institución! ¡Oh maravilla!
que le ha venido como de perilla

[5] Ver García-Posada, Miguel (2001): *Cuando el aire no es nuestro. Memorias II*, Barcelona, Península, p. 128.

a los alabarderos del franquismo.
(p. 49)[6]

A pesar de que Bergamín conjugaba dos dominios teóricamente antagónicos, el cristianismo y el comunismo, no dudaba en criticar a los sectores más conservadores de la Iglesia y a todo lo que representaba, pues sabía el papel que ésta había jugada en la historia, al lado siempre del poder, la corrupción y los facinerosos. Pero al margen de sus sonetos, y sus composiciones de circunstancias, hay que subrayar el valor de la poesía de Bergamín aquí y ahora, entresacarla del resto de su producción literaria y ponerla de relieve.

Como es bien sabido, a partir de los años sesenta comienza a publicar libros de poesía, siendo éste el género en el que se centrará principalmente, aunque no descuidará otros. Su vida girará en torno a la poesía. Sin duda alguna que antes también lo había sido, pues una pasión poética no puede hacerse sino que se nace con ella y se va desarrollando con el tiempo, se publique o no. Pero será a partir de los años sesenta, como decimos, con el progresivo aislamiento social al que se ve sometido por su actitud ideológica, cuando encontrará refugio en la palabra poética. De ahí que hayamos hecho hincapié en su vida, en su trayectoria y en la intransigencia de esos últimos años: es inseparable vida y literatura en cualquier autor, pero más en Bergamín. Y no nos sorprendamos: nada tienen que ver sus artículos incendiarios con la poesía delicada que hace de la palabra un diálogo interior.

Tu pensamiento esconde
íntima voz lejana
que tiembla en la cadencia
sutil de las palabras.

Que temerosamente,
como un hilo de agua,
huye del manadero
palpitante del alma.

[6] Todas las referencias a partir de ahora seguirán la reciente edición de Nigel Dennis citada.

Huye de lo que busca;
d lo que encuentra, escapa;
y se ovilla en un eco
que las sombras devanan.
(p. 69)

Los libros de poesía de Bergamín no responden, como no podía ser de otra manera, a un autor que va meditando un libro durante una etapa de su vida y se dedica a unas cuantas líneas argumentales. Sus libros de poesía son un manantial, y ésta se presenta a borbotones. Bergamín es un poeta a lo ancho, en sentido horizontal. Pero dejemos que Nigel Dennis nos aclare la cronología de la obra y el carácter que ésta presenta:

> ...la cronología interna de la obra poética de Bergamín no está siempre muy clara. Algunos de sus libros, como *La claridad desierta* y la mayor parte de *Canto rodado*, se redactaron casi simultáneamente [...] otros, como *Duendecitos y coplas* y *Rimas*, se traslapan cronológicamente. Sólo *Velado desvelo*, *Apartada orilla* y *Esperando la mano de nieve* fueron escritos (y publicados) sucesivamente, formando una especie de secuencia cronológica coherente si no un todo indivisible.[7]

Por tanto hablamos de un poeta que tampoco encaja al cien por cien con los estereotipos del poeta del siglo XX, y más estaría a tono con autores de otras épocas. Un poeta, si cabe, que podría denominarse como moderno, pero en su sentido antiguo. Por eso estas poesías completas que aquí nos ocupan están editadas a la manera antigua, colocando los poemas unos detrás de otros, todos seguidos. El índice de primeros versos es mucho más importante que el índice de títulos, ya que en la mayoría de los casos los poemas están escritos sin título. Los poemas se presentan en riadas, en tiras estróficamente perfectas y pulidamente medidas, siendo cada una un fragmento autónomo, articulados por el tono o a veces por el tema. Por eso también el cultivo del romance será la gran baza estrófica que le acompañará, aunque no la única, durante toda su larga e intensa trayectoria, pues parafraseando a Juan Ramón Jiménez, su maestro (aunque inevitablemente con él el de

[7] Nigel Dennis, *op. cit.*, p. XXI.

Moguer también se peleó), el romance es el río de la lengua castellana, río en el que pueden circular caudales poéticos como éste. El romance presenta una estructura idónea para el sentir poético de Bergamín. La fuerza se va canalizando en tiradas, en riadas. Y cuando esta poesía no nace del romance suele presentarse arromanzada, lo cual podría convertirse en una característica fija en el conjunto de todas sus composiciones. El romance, por tanto, en sus diferentes versiones o variantes para encauzar una corriente que sería difícil de definir o atemperar, pero que es constante y serena, al modo garcilasiano de «tempestad serena».

Si la sombra no fuese más que sombra
y el eco sólo eco
no sería la llama luminosa
ni sonoro el silencio.

No tendría la voz por la palabra
corporeidad de tiempo;
ni la luz por su clara transparencia
lejanía de sueño.
(p. 520)

Hay una fuerza que va más allá de todo y que nos empuja a seguir viviendo, a seguir creando y a seguir resistiendo. Así comienza *Esperando la mano de nieve*, publicado en 1982, negándose a aceptar –aunque ya lo tiene bastante asumido– que le queda muy poco por vivir. La certeza de que la palabra es material, «corpórea», le asegura cierta estabilidad, y es la poesía el canal que utiliza, por donde se trasvasan sus esperanzas más íntimas.

Sea como sea, y al margen de cuestiones retóricas en las que no queremos –ni podemos– abundar, aunque éstas no dejen de presentar rasgos explicativos globales de la poesía bergaminiana (recordemos que la forma va ligada indisolublemente al contenido ya que más que desarrollarse aisladas se presentan unidas en una *estructura*, en sentido bajtiniano), y particularmente en el contexto de ese magma poético vital que él representa; sea como sea, decimos, en las casi novecientas páginas de poemas, hay muchas composiciones que nos llaman la atención y resultaría

difícil quedarse con alguna. Pero vamos a tener que ir eligiendo unas cuantas para ir ilustrando diferentes aspectos de esta vasta obra, de amplio alcance, aunque el estudio y comentario textual podría dar al menos para tres o cuatro tesis doctorales. Este poema, porque va titulado y por el significado del título, podría desgranarnos unas cuantas ideas claves:

ARTE POÉTICA

No dejes de escuchar el canto oscuro
que es cadencioso eco
de la palabra, dilatada sombra
que cobija el silencio.

Porque el «decir de amor» de la poesía,
antes de «trasmutar el pensamiento
en sueño», es una música que lleva
otra música dentro.

Toda forma es la forma de otra forma
que escapa de sí misma para serlo
y acompasa su paso con el paso
huidero del tiempo.

Por eso el corazón, con el latido
de la sangre, a tu verso
le da el ritmo sonoro y luminoso
de su estremecimiento.

(p. 402)

Son muchas las poéticas de Bergamín, desperdigadas en cientos de páginas de manera implícita, pero ninguna explícita como ésta, escrita a comienzos de los años setenta, es decir, en pleno cénit o «madurez» de su febril etapa poética. Es muy significativo este poema, por todo lo que encierra y aclara de la reflexión poética bergaminiana. El aliento que lo impulsa es de índole humanista, y el hombre se encuentra en el centro de todas sus reflexiones. Como buen marxista, de formación filosófica humanista, Berga-

mín coloca sus preocupaciones al lado de lo humano. Por un lado, una proyección espiritual le impulsa a superarse interiormente, de manera íntima, pero por otro, la solidaridad será el lazo que laza hacia sus inquietudes sociales.

No podemos dejar de recalcar que el componente idealista de la poesía bergaminiana es muy alto. Ya la crítica se ha ocupado de este aspecto sobradamente. Como no podía ser menos, en un poeta con raigambre espiritualista, tan anclado en la tradición (y la tradición de la poesía española es idealista salvo rarísimas excepciones), la búsqueda de lo inasible, de lo misterioso, sólo puede ir de la mano de la especulación. Y «especular» viene de *speculum*, espejo en latín, como bien se sabe. Quien se mira en un espejo sólo ve el reflejo de uno mismo (si no es un vampiro). Bergamín, a través de sus continuas elucubraciones poéticas –que poseen un alto grado de dialéctica paradójica, como no podía ser menos en un pensamiento que aspira a solucionar problemáticas– sólo pretende dialogar consigo mismo, entablar un diálogo que lo salve de la soledad a la que se ve abocado, el aislamiento social en el que ha entrado, como hemos dicho, por sus posición ideológico-política irreductible. Y sí, claro, también nosotros lo que aquí intentamos hacer cuando hablamos de José Bergamín –sirva no como justificación sino como explicación– no puede ser otra cosa que especular, someter las inestables ideas a un continuo juego de espejos, ponerlas y contraponerlas. Curiosa paradoja el que una palabra que expresa el dinamismo interior (la consciencia, el complejo mundo de la abstracción) tenga su origen en algo que no es sino la pura reproducción pasiva de aquello que la luz transporta.[8] Pero no olvidemos que cuando se trata de poesía, cualquier experiencia de este tipo que podríamos calificar como metafísica, se vuelve metapoética, ya que con las palabras se invierte la relación. La poesía posee un componente material fundamental, y hay que tener en cuenta que en el poema que acabamos de reproducir las referencias sensibles son la nota dominante, las que marcan la pauta de lectura. A partir de una lectura sensualista podríamos

[8] Ver Lledó, Emilio (2001): *En el origen de la corporeidad*, Colección Espada de luz, Instituto Alhambra, Granada, 2001, luego reproducido en Lledó, Emilio (2005): *Elogio de la infelicidad*, Valladolid, Cuatro editores, 5ª ed., 2006.

encontrar la dialéctica idealismo/materialismo, básica, y que es la matriz de muchas de las derivaciones que se hallan en esta poesía. No se trata de una lectura corporal de su poesía sino de las relaciones que aparecen a través de las correspondencias entre lo ideal y lo material, lo que pertenece a la abstracción o especulación y lo que atañe a la empiria o experiencia. La poesía de José Bergamín es así sencilla y cercana, humana, sin dejar de aspirar a la complejidad más absoluta y distante, sobrehumana. Respecto al sensualismo –vuelta de hoja y de tuerca del humanismo ya citado– habría que recordar lo que dice Jorge Sanz Barajas:

> No es difícil leer a Bergamín si se parte de esta premisa: otros ojos. Más bien diría: hay que aprender a leer –no sólo a Bergamín sino a muchos otros– con el cuerpo entero, leer con los oídos, la boca, el pulso, el sistema nervioso, la razón con la que bailan nuestros pies. A Bergamín le pasa que exige la máxima concentración en uno mismo y nada más, por eso me acomodo, porque hay que prestarle toda la atención [...][9]

Si leyéramos el «Arte poética» que hemos reproducido a través de las coordenadas que atañen a los sentidos, hallaríamos la profundidad y autenticidad de un sentimiento humano, de una aspiración y de una proyección que alcanza en todo punto a la configuración racionalista del hombre. Porque la poesía es sentimiento transmutado en palabras, canalización a través de las palabras de los sentimientos, y no otra cosa, no una recreación sin sentido de las formas sino una forma que posee el sedimento de su contenido. El verso «Toda forma es la forma de otra forma / que escapa de sí misma» no puede ser más cierto, en este caso, si nos atenemos a lo incognoscible de la realidad y a nuestra estupefacción ante sus paradojas. No nos encontramos ante un poeta que alardee de una palabra poética extraña, vanguardista o rompedora porque él precisamente vio de cerca las vanguardias históricas y las trató de tú a tú en sus libros juveniles o de primera madurez. El caudal sereno y rebosante, de su poesía, y que comienza a sur-

---

[9] Jorge Sanz Barajas, «Como quien oye llover. El pensamiento musical de José Bergamín», en «José Bergamín, el esqueleto de la paradoja», número monográfico sobre José Bergamín de *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n. 46, Barcelona, abril-mayo, 2001, pp. 47-48.

gir a partir de los años sesenta, tiene una inquietud más humana, más en relación con su propia experiencia biográfica y vital. No es una experiencia literaria. Si la escritura es donde el escritor se vacía, en Bergamín esta frase no puede ser más cierta. Y el final de este poema sólo puede resolverse con el «estremecimiento», derivado del «corazón», del «latido de la sangre», y de la lectura que de todo lo humano hace el «verso» que da «ritmo sonoro y luminoso» para sobrecogernos. Lo humano trascendido, como se ha dicho muchas veces de la poesía de Bergamín, pero no una trascendencia ingenua o metafísica pacata, sino un buscar en la identidad del ser, en lo que nos atenaza como seres humanos, en las arenas movedizas.

Sin duda que, en este sentido, la mayor preocupación del hombre es la muerte, su propia desaparición. Asumida sin tragedias, todo se reduce a una espera. El poeta como todos los hombres conoce su destino, un destino que nos acompaña en silencio. Es, por tanto, una espera que hay que rellenar a veces de manera filosófica, otras de manera más lúdica, pero en cualquier caso la espera de un sujeto –el que encarna Bergamín– que no se resigna a vivir o disfrutar sin intervenir en la realidad. Esta poesía es una viva muestra. Leamos por ejemplo cómo van asediando estas preocupaciones sobre la muerte al poeta en un libro capital en su trayectoria como es *Hora última*, publicado póstumamente en 1984:

Si le temes a la muerte
no es porque temes a Dios
ni al Diablo: lo que temes
es muchísimo peor;
temes no encontrar en ella
a ninguno de los dos.

(p. 815)

Más conciencia sobre nuestro propio vacío tras la muerte no puede haber, pero estas palabras, viniendo de quien vienen (de un creyente), cobran más valor, ya que son las que escribe alguien desahuciado de la vida de los hombres durante el último tercio de su vida, que cada vez ha estado más arrinconado, y que poco a poco ha ido eliminando cualquier signo de trascendencia sobre-

humana a la vida, apegado con amargura a la realidad triste que le ha tocado vivir. En *Velado desvelo*, publicado en 1978 y escrito en el trayecto final de su vida, se puede leer en su composición inicial, que da título al libro:

Se han perdido en la noche de tu alma
las sombras y los ecos
del fuego llameante de una voz
que se apagó en el tiempo.

Se han perdido en tu noche solitaria
olvidos y recuerdos
como la muchedumbre de los astros
que se pierde en el cielo.

Y en tu vacío corazón oscuro
se pierde el pensamiento
para darle a tu sueño pesaroso
su velado desvelo.
(p. 459)

No se puede ser más explícito a la hora de exponer, el poeta, su predisposición anímica. Alguien que había estado en el centro de la vida intelectual y cultural de España y que andando el tiempo acabó, viejo y cansado, olvidado de todos y de todo. Viejo y cansado, pero con la poesía como arma para sobrevivir frente a las iniquidades de la vida. El poeta posee ya pocas certezas excepto su propia intuición por la poesía, la llama que lo alimenta y lo mantiene en vigilia mientras el mundo a su alrededor duerme. Duerme o se hace el dormido, lo cual es lo mismo para lo que queremos significar. Se derrumba.

En fin, podríamos hacer nuestra una célebre frase de Cervantes, tan admirado por Bergamín: «Puesto ya el pie en el estribo / con las ansias de la muerte, / gran señor, ésta te escribo [...] el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir», para aplicársela a nuestro escritor. Y desde luego pocos testimonios o citas podrían acoplarse mejor al itinerario literario y vital ejemplar

de José Bergamín, quien no cejó hasta el último minuto de buscar su propia luz, la que habría que acompañarle hasta el último momento. Su luz, que era su poesía, tan buscada. *Hora última* parece que ha sido escrito desde el otro mundo, y no es una adulación sino una impresión. Los poemas van descubriéndonos una realidad antes no vista.

El amanecer es triste
porque es el amanecer:
día que quiere nacer
y noche que le resiste.

Agonía que persiste
en serlo, para saber
en lo que serlo consiste.
Triste, triste, triste, triste.

(p. 801)

Magnífico remate de copla (otra de sus estrofas favoritas) para un final –el biográfico– que nuestro autor no se merecía, desde luego, aunque también es verdad que lo que en ningún momento se mereció fue una España que cerró los ojos a la historia, a su propia historia y le dio la espalda a sus protagonistas, a los que lucharon por la democracia y la libertad y se dejaron la piel. Ante la necedad de la historia, el viejo Bergamín se encerró más en sí mismo y se volvió más necio aún. José Bergamín fue un utópico honesto, hombre de acción, que tuvo que torear muchas veces las embestidas traidoras de la historia. Y así, frente al espejo, frente a su propia vida trazada a través de la honestidad y la lucha, frente a esos reveses que tuvo que capear airosamente, al final de sus días se encontró muy triste y muy solo, pero con una esperanza última: que le sobreviviera su poesía, la cual no le había abandonado en ningún momento. Desde luego que ese objetivo lo consiguió y hoy podemos leerle con plenitud vital, con asombro y con admiración por lo que es capaz de trasladarnos, por lo que es capaz de conmovernos ©